

EL HOMBRE, LA ENFERMEDAD Y EL DOLOR.

(Hospital Regional de Concepción)

Se ha dicho que nuestra cultura actual es la primera en la historia en la que el hombre no sabe sufrir ni morir. Algunos lo atribuyen al uso de los calmantes y a la anestesia que han reducido considerablemente el ámbito del dolor físico. Otros ven en ellos una consecuencia de una educación permisiva, regaloneadora y de un consumismo que satisface todos los deseos y caprichos y que no da lugar a la privación. O a una cultura narcisista que privilegia la juventud, la salud, la belleza, el dinero, el poder, la cultura y no deja espacio para la vejez, la enfermedad, la fealdad, la pobreza, la marginación o sea para el sufrimiento.

No sabemos que hacer con el sufrimiento físico; se lo entregamos a los médicos: la clínica, la UTI, el quirófano, los calmantes; que se hagan cargo de él. No queremos ver sufrir a nadie y menos a los que queremos. En los casos terminales, la tentación de la eutanasia asoma casi espontánea.

El sufrimiento moral, la tristeza, la pena, la frustración, el fracaso, las desaveniencias conyugales o los problemas familiares se los pasamos al sicólogo o al siquiatra. O tratamos de superarlos con recursos materiales: vacaciones, viajes, embelecocos. Hablamos de “depresión”, de “angustia” o de “ansiedad”, transformando en un problema médico lo que, de por sí, es a menudo un problema afectivo o un problema moral que nos incumbe a nosotros más que al médico.

Algo parecido ocurre con la muerte. En Estados Unidos maquillan a los muertos; los rejuvenecen para una última mirada tranquilizadora antes de cerrar el cajón. El cementerio pasa a ser un “parque del recuerdo”. El pasto, los árboles y la flores no dejan ver los epitafios y remplazan a los mausoleos de antaño. El enfermo rara vez muere en su casa. Muchas veces muere rodeado de médicos y de enfermos, enchufado a mil aparatos, pero sin su familia, sus seres queridos, sin el consuelo de la palabra o del sacramento de su fe religiosa.

Hasta hace medio siglo, o tal vez un siglo, no era así. El dolor, físico o moral, era parte de la vida y no se podía eludir. A nuestros frágiles abuelos, el dentista les extraía las muelas careadas sin anestesia. Nuestros ancestros, españoles o indios, peleaban sus batallas con mazos y con lanzas y no había ambulancias ni hospitales bien equipados para atender sus heridas. Todos conocían alguna vez el frío o el calor, el hambre o la sed y no había calefacción ni aire acondicionado, ni baños con agua caliente, ni tanto “Mc. Donald”, helados o cola-cola para atenuarlos. La vida era mas dura para todos y todos estaban preparados para sufrir físicamente cuando fuera necesario y no se pudiera evitar. El dolor físico era parte de la vida y salvo cuando era extremo, no

quitaba la alegría de vivir y así también se afrontaba la enfermedad, la vejez y la muerte. Con menos recursos técnicos pero con mas paciencia, mas confianza y mas cariño.

Un autor espiritual titulaba un capítulo de uno de sus libros: “Cuando se sabía morir”. Y evocaba unas muertes serenas en que el anciano daba a sus descendientes sus últimos consejos, confiaba al notario sus últimas voluntades, recibía los sacramentos de su religión y moría en paz rodeado del cariño de los suyos. Un largo duelo mantenía vivo su recuerdo por días, meses y hasta años, manteniendo unidas sucesivas generaciones y permitiendo el traspaso de creencias y valores, de los padres a los hijos y a los nietos. Nada se perdía de esa riqueza que es el patrimonio espiritual y cultural de una familia.

Inútil sería, y no deseable, querer revivir un pasado que no cabe en el mundo de hoy. Pero hay valores que son rescatables porque no son propios de tal o cual cultura sino propios del ser humano, de la naturaleza humana, del destino humano, o de la fe que es para todos los tiempos. Vamos a tratar de discernirlos, relacionándolos con el contexto actual:

El sufrimiento, físico o moral, es un hecho.

El sufrimiento tiene un sentido, que debemos descubrir,

El sufrimiento es una prueba, que debemos afrontar.

1.- **El hecho del sufrimiento.**

Ustedes lo conocen mejor que yo, mejor que nadie. Pero conviene hacer una distinción entre el sufrimiento de los demás y el sufrimiento propio.

Cuando mi prójimo es el que sufre, lo que a mí me toca es compadecerlo, consolarlo, compartir su dolor y, en la medida de lo posible, aliviarlo. Se ha constituido una especialidad médica: la medicina del dolor, la cirugía del dolor. Tal vez se creará luego la sicología o la siquiatria del dolor. Y esa ciencia debemos conocerla y aplicarla como verdaderos virtuosos si estamos en contacto habitual con personas que sufren. Sabiendo, sin embargo, que parte del tratamiento del dolor, físico o síquico, sobrepasa los límites de la medicina, tiene que ver con el sentido de la vida humana, con el sentido que le damos al dolor, con la idea que tenemos acerca del hombre y acerca de la relación del hombre con Dios. Lo veremos a propósito del sentido del dolor.

Otra cosa en la actitud con respecto al propio dolor. Nuestra actitud cuando sufrimos y la que procuramos inculcar al paciente que sufre. Esto también rebalsa la medicina. Es del orden de la sicología, de la sociología, de la teología también. El personal médico y paramédico sabe que una actitud positiva del propio enfermo frente a su propio sufrimiento puede aliviarlo tanto o más que la ayuda externa que él puede darle. El personal médico es también

educador. Pero lo es en la medida en que nosotros mismos hayamos logrado la debida actitud frente a nuestros propios sufrimientos.